

PASANDO EL RATO

LA RETIRADA DE COCHON

Muerto el perro, se acabó la rabia

Leendo hoy los periódicos de París, ha tropezado mi vista con un título que me ha sumergido en las más hondas meditaciones: «La retirada de M. Cochon».

He leído las líneas subsiguientes á ese epígrafe con la misma avidez con que un taurófilo de por acá habría devorado las que se le brindaran con uno de estos alarmantes enunciados: «La retirada de Gallito»; «La retirada de Belmonte».

Porque Gallito y Belmonte podrán ser entre nosotros hombres representativos; y no será posible concebir España, sobre todo la España pintoresca, sin un Belmonte y un Gallito prontos á dejarse jirones de piel sobre la arena de las plazas y capaces de llevar á los más bellicosos extremos á quienes disputan la supremacía de sus ídolos respectivos. Pero M. Cochon en París, sobre todo en el París pintoresco, era también hombre representativo, y no gozaba de menos popularidad que la que alcanzan en nuestro país los astros coletados.

Yo he tenido siempre para el ciudadano M. Cochon la más robusta de las admiraciones. Le admiraba como admiro á todo el que convierte su vida en un apostolado. Le clasificaba en ese rango superior, sólo asequible, por ejemplo, para los monjes del gran San Bernardo, que con sus maravillosos perros por compañía libran de un mal fin al caminante perdido entre la nieve, ó para las hijas de San Vicente de Paúl, que tienen el secreto de olvidarse de sí mismas para entregarse del todo á mitigar los dolores del prójimo.

Cochon era también un apóstol á su manera. Y su apostolado se contraía á la predicación con el ejemplo. Era el paño de lágrimas de las familias pobres que no podían pagar á los caseros.

Los caseros son igual en todas partes. Los de París, cuando el inquilino no les paga, disponen, como los nuestros, de su buen juicio de desahucio, porque también los procedimientos judiciales varían poco de unas á otras latitudes. Y ese cuadro aterrador que cada dos días, ó todos los días, presenciamos en las calles de Madrid, de ver amontonado, en plena calle, el ajuar humilde de una gente misérrima que fué lanzada violentamente con sus trastos al arroyo por no pagar al casero—hombre representativo de un estado social—dábase con mayor frecuencia en las calles de París, donde en un dos por tres se tropezaba el transeunte con el consabido tenipete, ruinas de una pequeña Troya familiar, sobre las que aparecía, por lo común, radiando en lágrimas su infortunio, una mujer-esfinge con rostro de espanto y un racimo de criaturas con caras de hambre.

Hízose M. Cochon, por propia voluntad, el Pedro el Ermitaño de una gran cruzada contra la rigidez de los hombres caseros. Fué un grano enorme el que les salió á los traficantes del albergue. Muchos desahucios no pudieron efectuarse por intervenir á tiempo M. Cochon con sus mesnadas. Si en otros muchos casos se cumplió la sentencia del juez, bien sabe Dios que el mismísimo presidente de la Liga de Inquilinos, en persona, cuidó de conducir el misero ajuar á sitio seguro y de proporcionar, provisionalmente, albergue á los desahuciados.

Tenia M. Cochon sus ayudas, como los tronjes del Gran San Bernardo las tienen en sus maravillosos perros. Y no menos fieles que éstos eran los pobres músicos (murguistas les llamaríamos aquí) que, á una simple indicación del apóstol, corrían á la casa de turno para lanzar al aire los más estrépitosos sonidos, no para regalar las orejas al casero inflexible, sino para congregar una muchedumbre bulliciosa, espontáneo instrumento de M. Cochon, que impedía el acceso del juez, el escribano, los alguaciles y el propio dueño de la casa á aquella en que habían caído simultáneamente, como plagas que se daban la mano, el infortunio del no poder pagar y la sentencia del no poder seguir.

M. Cochon fué muchas veces á la cárcel. ¿Qué importaba? Los hombres rectilíneos—y M. Cochon es un hombre rectilíneo—abrazan los apostolados con todas sus consecuencias. Y como, sobre esto, los abrazan de por vida, sólo era posible admitir la posibilidad de la retirada de M. Cochon por la no existencia de las causas que determinaron los referidos efectos. Pero M. Cochon se retira, mejor dicho, se ha retirado ya, según formalmente anuncian los diarios de París.

¿Es que han desaparecido los caseros? ¡Ay, hermanos! Eso, en París y en el resto del mundo, no lo verán nuestros ojos ni los de nuestros nietos.

¿Es que ya puede todo el mundo pagar los alquileres, por muy extraordinarios que ellos sean? ¡Ay, misero de mí, que no hay modo de acabar con el azote de la miseria!

Es... que un senador, M. René Bérenger, escribió el otro día á M. Cochon diciéndole, poco más ó menos:

«Aunque no puedo aprobar los procedimientos por usted empleados, dada la identidad de los fines que perseguimos los dos, considero un deber invitarle á la inauguración de mi refugio provisional para familias numerosas.»

M. Cochon ha respondido al requerimiento de Bérenger con otra carta solemnisima:

«Puesto que merced á su obra—ha dicho—podrán tener albergue, en lo sucesivo, los arrojados por los caseros, me limitaré á ce-

viarlos á ese refugio, sin organizar con mis amigos manifestaciones ruidosas. ¡Basta ya de desfilar por las calles de París lamentables cortejos! Nada de música alrededor de la miseria. Nada de organizar escándalos...»

Habla M. Cochon como el apóstol que ve con júbilo desaparecida la razón de su recia campaña.

Pero tengo para mí que se ha pasado de largo, como creo que se habrá quedado corto el senador Bérenger, por mucha que sea la esplendidez que haya presidido á la fundación de ese refugio provisional para familias numerosas.

El asilo recién fundado es sólo uno; París es muy grande; infinitas las familias que, sucesivamente, pasarán por el trance de habérselas con el juez, el escribano y los alguaciles, por virtud de demandas de desahucio, promovidas por los caseros respectivos.

Y día llegará, tal vez muy pronto, en que el mismísimo senador Bérenger tenga que avisar á M. Cochon de que en el albergue no cabe ya ni una rata. Lloverán de nuevo sobre M. Cochon las solicitudes de los desahuciados. Otra vez tendrá que reunir á los licenciosos murguistas. Los lamentables cortejos suprimidos volverán á corretear por las calles de París. En las casas de vecindad se verán reproducidas las zambras mayúsculas organizadas por M. Cochon, amenizadas por su clásica murga y rematadas con el concertante de los susodichos, el casero, el juez, el escribano, los alguaciles y coro general de policías, vecinos y transeuntes. Y á la postre, la retirada de M. Cochon habrá sido «una falsa alarma», como lo fueron aquí, en su día, la primera retirada del *Minuto* y una de las tantas retiradas de Antonio Fuentes.

La retirada definitiva de M. Cochon sólo sería factible con la desaparición de los caseros ó con la caída de un maná que pusiera á todos los nacidos en disposición de que los caseros no tuvieran por qué formular demandas de desahucio.

Pero el mundo no lleva trazas de curarse. Y el día—¡que tarde mucho!—en que monsieur Cochon se retire de este mundo definitivamente... ¡¡seguirán los caseros!!

No nos hagamos ilusiones.

F. AZNAR NAVARRO

MARRUECOS

El coronel Barrera.
TETUAN. (Jueves, noche.) Procedente de Madrid, llegó el coronel Barrera.

El Sr. Francos Rodríguez.
Ha llegado Tetuán el ex alcalde de Madrid Sr. Francos Rodríguez.

Fuó recibido por las autoridades y un numeroso grupo de hebreos amigos suyos. Mañana visitará las posiciones.

Fuerzas á Malalien.
Por la mañana marcharon á Malalien los batallones de Madrid y Barbastro.

El primero fué al bloqueo que se construyó ayer para proteger á los ingenieros que estaban reforzando las defensas.

La noche transcurrió allí sin novedad.

Un herido.
El soldado que ayer resultó herido era de la tercera compañía del tercer batallón del regimiento de Wad-Ras, y se llama Antonio Abellán González.

Bombardeo.
Por la mañana los torpederos que estaban aquí bombardearon toda la costa derecha del río Martín, viendo caer los proyectiles en los montes de Beni-Madam.

También se elevó la escuadrilla de aeroplanos, dispersando con bombas de mano los grupos de moros que había en los montes Beni-Hozmar.

Las bombas cayeron en medio de un grupo, y sólo se vió correr á los moros, creyendo que los restantes murieron.

El almirante Sr. Pidal.
El almirante Sr. Pidal subió á Tetuán. Almorzó con el general Marina.

A las tres de la tarde volvió á bordo, acompañándole el general Marina hasta la estación férrea.

El castigo de los de Beni-Madam.
El castigo que han llevado los moros de Beni-Madam se debe á un robo que ayer cometieron en unos carros propiedad del español Juan Bacalao.

Le robaron siete mulos, hirieron gravemente de varias puñaladas á un carrero y obligaron á otro carrero á que les siguiera, llevándole prisionero.

Sin novedad.
Las fuerzas de protección regresaron de Malalien sin novedad.

Las baterías de la Alcazaba.
Las baterías de la Alcazaba, del campamento general, dispararon á las seis de la mañana á varios grupos de moros que bajaban de los montes para atacar la descubierta.

Tiroteo.
TETUAN. (Jueves, noche.) En la posición de Kudia Federico fué tiroteada la fuerza de protección de los trabajos que realizan los ingenieros militares.

Los harkeños se hallaban apostados en tres posiciones, hostilizando á las fuerzas de protección con nutrido tiroteo.

La agresión fué rechazada por nuestras fuerzas, mandadas por el teniente Sr. Goazeiro, del regimiento del Serrallo.

Causaron al enemigo un muerto visto, que tuvieron que dejar abandonado por haber caído al descubierta.

Nuestras tropas no tuvieron novedad.

El general Weyler.
MELILLA. (Viernes, tarde.) Continúa el general Weyler visitando todo el territorio ocupado por nuestras tropas.

En Kaddur cumplimentáronle los notables de las kabilas.

Hoy á las seis de la mañana, ha marchado á visitar las posiciones de Muley Rechid, Zaio, Mexero, Melha y Karn Seba.

Esta tarde irá al zoco de Benisicar.

De esta expedición formará parte el director de *Africa Española*, D. Augusto Vivero.

El Ramadán.
Con motivo de dar comienzo mañana á la Pascua del Ramadán, se han circuleado órdenes para que, como en años anteriores, se indique la salida y puesta del Sol.

Tranquilidad.
En todo el territorio reina tranquilidad.

Para Larache.
CADIZ. (Jueves, noche.) Ha zarpado el vapor *Canalejas* con rumbo á Larache, conduciendo varios jefes y oficiales y llevando material de campaña.

INFORMES OFICIALES
Tetuán.
Un grupo de moros del poblado de Benimadán, á unos tres kilómetros de la Aduana del Martín, tirotearon á unos carreteros, robándoles siete caballerías.

Fuerzas de Caballería de servicio de la línea y la Sección de Infantería destacada en la Aduana vieja, hicieron fuego sobre los moros, causándoles dos bajas.

Para castigar á la doctrina de Benimadán, esta mañana el torpedero «Osado» hizo fuego de cañón sobre algunos aduares y barcas de pesca que tenían los cableños en la costa.

El crucero «Cataluña» fondeó en la rada del Martín.

Melilla.
Acompañado por el general Jordana, el general Weyler ha visitado el campamento de Kaddur y las posiciones de Afrit, Bucherit y Marars el Bia, y por la tarde diferentes edificios, la Escuela indígena, el Consultorio y la granja agrícola.

No ocurre novedad.

Larache.
Ha sido conducido á Kessiva desde Rafaif, un convoy de municiones, y de T'Zelata ha regresado á aquella plaza impedimento del de viveres y material de Ingenieros, que ayer fué enviado á dicha posición, Kudia Fraicat y Tarkuntz.

Parejas de Caballería del tabor que cubrían la retaguardia, escolta de éste, fueron tiroteadas á larga distancia por algunos enemigos establecidos en las lomas de Tarkuntz.

En T'Zelata pernoctó la columna que ha custodiado dicho convoy, con orden de recorrer el territorio de la kabila Sahel.

Ceuta.
Ayer tarde fué hostilizada la posición Kudia Federico, resultando herido muy leve en una muñeca el capitán de Artillería D. Antonio Pérez Cano, al subir á la batería para ordenar fuego.

CASA DE LA VILLA
Sesión necrológica.
Bajo la presidencia del alcalde, Sr. Prast, ha celebrado hoy sesión el Ayuntamiento.

El alcalde dió cuenta del fallecimiento del concejal D. Ulpiano Oliveros, y pronunció en su memoria un sentido discurso, proponiendo que constase en acta el sentimiento de la Corporación y que se levantase la sesión en señal de duelo.

El Sr. Díaz Agero, en nombre de los conservadores, pronuncia un sentido discurso, adhiriéndose á lo propuesto por el alcalde.

El Sr. Morayta también se adhiere á lo propuesto, y dedica grandes elogios á la memoria del concejal fallecido.

Propone se autorice al alcalde para que atienda á los gastos del sepelio, como se ha hecho en otras ocasiones.

En nombre de los demócratas usa de la palabra el Sr. Sánchez Anido, enalteciendo la memoria del Sr. Oliveros.

El Sr. Cortés, en representación de los reformistas, hace análogas manifestaciones.

Lo mismo hace el Sr. Silvela, en nombre de la Defensa social.

El Sr. Besteiro, por los socialistas, se asocia en un todo á las manifestaciones hechas.

El Sr. González Prieto, en nombre de los liberales, tributa sentidos elogios á la memoria del Sr. Oliveros.

Da gracias por el homenaje que todas las minorías le han tributado.

El Sr. Alvarez Arranz, como teniente alcalde del distrito que el Sr. Oliveros representaba en el Ayuntamiento, hace constar las bellas condiciones que adornaban al finado.

El Sr. Blanco, como amigo íntimo del señor Oliveros, también pronunció una sentida oración, y por unanimidad se acordó lo propuesto por el alcalde y por el Sr. Morayta.

También dió cuenta el Sr. Prast del fallecimiento del ex concejal D. Juan Ollas, acordándose que constase en acta el sentimiento de la Corporación.

A las personas que nos piden la devolución de originales no publicados. debemos advertirles que diariamente recibimos cientos de cartas con artículos y sueltos.

La tarea de devolver todos los trabajos que no publicamos sería abrumadora, y para evitarla, como para prevenir reclamaciones que resultarían imposibles atender, recordamos que NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

PROCESO SENSACIONAL

Sigue la vista de la causa contra Mme. Caillaux

Incidente ruidoso con motivo de las cartas íntimas
Un artículo de «Le Figaro»,
Contra M. Caillaux.

PARIS. En su número de esta mañana publica «Le Figaro» un artículo titulado «M. Caillaux y nuestras relaciones con España é Inglaterra».

Dice que, como quiera que durante los debates que se sostienen ante el Tribunal que ha de juzgar á la autora del asesinato de M. Calmette se ha hablado del papel representado por M. Caillaux en las relaciones de Francia con el Extranjero, bueno es recordar lo ocurrido en cuanto afecta á las relaciones de Francia con Inglaterra y España.

Después de referirse á las negociaciones con Inglaterra, afirma que el incidente español fué el más fastidioso.

Terminadas con el Convenio de 4 de noviembre las negociaciones francoalemanas, hizo una delicada pregunta acerca de la conveniencia de partir con España Marruecos en las condiciones previstas en el Tratado franco-español de octubre de 1904.

El Gobierno francés, en vista de los sacrificios hechos por Francia en favor de Alemania, consideraba conveniente, á modo de compensación, conseguir de España determinadas concesiones.

En el Gabinete de Madrid se encontró una gran resistencia.

A fines de noviembre de 1911 M. Caillaux, entonces presidente del Consejo de Ministros, profirió las más locas y amenazadoras palabras, no sólo contra España, sino contra su Soberano, el noble y generoso Alfonso XIII, amigo sincero y desinteresado de Francia.

Pronunció esas palabras el presidente del Consejo ante varios testigos, personas todas ellas dignas de fe, entre las que figuraban algunos diplomáticos, que hubieron de repetir esas palabras.

Había dicho M. Caillaux que, si el Monarca español no se mostraba amable con Francia, se le enseñaría lo que es una revolución.

Para eso no tenía el Gobierno francés más que escudarse la vigilancia de los anarquistas en la frontera.

Repetidas, como queda dicho, esas palabras por los oyentes de M. Caillaux, y llegadas á oídos del embajador de España en París, éste cumplió su deber, apresurándose á telegrafiarlas á su Soberano.

Esas palabras produjeron su natural efecto y proporcionaron trabajo al ministerio de Negocios Extranjeros.

La gestión de éste fué conocida por varios ex Presidentes del Consejo de Ministros que aprecian al Rey Alfonso XIII, y no ocultaron su indignación y los temores de que tan imprudentes palabras produjeran dificultades graves en el orden de las relaciones franco-españolas.

Estos temores eran justificados.

Puede comprenderse el efecto que en Madrid causaron las palabras de M. Caillaux.

El Rey D. Alfonso, tan inteligente, tan generoso, no por eso amoninó en su ánimo la simpatía que siente por Francia; pero la opinión en los círculos madrileños cambió notablemente y ejerció gran influjo en la nueva actitud de España.

Puede decirse que si Francia no obtuvo de España todas las condiciones que deseaba en la negociación seguida con ella, el culpable es M. Caillaux.

Quinta sesión
Antes de empezar.
PARIS. Como de costumbre, esta mañana, antes del medio día, M. Caillaux ha visitado á su esposa, conferenciando con ella antes de que comenzase la quinta sesión de la vista del proceso.

Poco después llegaron al Palacio de Justicia los numerosos médicos que han de prestar declaración esta tarde.

El público, en cantidad, es poco más ó menos el mismo que en días anteriores.

Por los corredores de la Audiencia se pasea el ex Presidente del Consejo, M. Barthou, que es objeto de muchas manifestaciones de simpatía.

En la sala se ven muchas caras nuevas.

Se reanuda la vista.
Al medio día entra en la sala Mme. Caillaux.

Habla brevemente con uno de los pasantes de su abogado defensor.

M. Caillaux se sienta entre los abogados, porque también lo es.

Los Sres. Labori y Chenu, al entrar, se saludan afectuosamente, se estrechan la mano y ocupan sus respectivos puestos.

Habla Labori.
Al comenzar la sesión, el abogado Labori manifiesta que tiene que hacer una declaración importante; pero que como todavía no ha llegado á la sala Mme. Gueydan la reserva para cuando llegue.

Se da orden de que sea buscada madame Gueydan.

El diputado Ceccaldi.
Inmediatamente comparece, en calidad de testigo, el diputado M. Ceccaldi.

Anuncia que tiene que hablar de muchas cosas.

Confiesa que es íntimo amigo del matrimonio Caillaux.

Afirma que esa unión era perfectamente feliz y dichosa.

No es cierto que Mme. Caillaux excitase á su esposo á perseverar en las luchas políticas; por el contrario, trataba de alejarle del Poder, y buena prueba de ello es que cuando cayó M. Barthou no quería Mme. Caillaux que su marido fuese al Gobierno.

La campaña de *Le Figaro* contra su marido, que respondía, naturalmente, á los excesos de la lucha política, tenía por fuerza que soliviantarla.

Del informe del fiscal Favre estaba enterado el matrimonio.

Sobre él habían discutido repetidas veces.

Es natural que temiera su publicación esa mujer, á quien se tiene prisionera á pesar de todo.

Estas últimas palabras del diputado Ceccaldi levantan grandes protestas en el público.

Ceccaldi, creyendo que los que protestan son los abogados, se vuelve airado contra ellos y exclama:

—Hubo un tiempo en que mis compañeros de profesión tenían sentimientos más generosos.

Los abogados dicen que no han sido ellos los que protestaban.

M. Caillaux, que, como ya se ha dicho anteriormente, ocupa un puesto entre los abogados, dice que efectivamente no han protestado éstos.

Ceccaldi da sus excusas, y queda terminado el incidente.

El testigo sigue, manifestando que el documento del fiscal Favre iba á ser publicado por un periódico de la noche.

El matrimonio Caillaux lo sabía. Se les había anunciado que iba á darlo á la publicidad un periódico que les atacaba duramente.

La publicación de ese documento iba contra el partido republicano.

—Yo no sé—añade—si M. Barthou se encontrará presente...
M. Barthou.—Sí, estoy aquí, y si se me ataca creo que se me concederá derecho á contestar para defenderme.

Ceccaldi, asustado por las palabras de monsieur Barthou, cesa en los ataques contra él.

Dice luego que los amigos íntimos de madame Caillaux sabían perfectamente que las cartas privadas de que tanto se ha hablado iban á poder de M. Calmette y que antes habían sido ofrecidas á otros periódicos, sin conseguir que las publicasen.

Añade M. Ceccaldi que el lunes día del suceso le llamó por teléfono M. Caillaux, diciéndole que fuese á verle al Senado.

Allí le encargó M. Caillaux que fuese á ver á su esposa y la tranquilizase.

M. Ceccaldi no tuvo tiempo entonces de cumplir el encargo porque hubo de pronunciar un discurso en la Cámara.

De allí volvió al Senado y después fué á su casa.

Supo el suceso en la Comisaría.

Allí le dijo Mme. Caillaux que confiaba en que no habría matado á Calmette, porque había procurado apuntar bajo.

Allí mismo se lamentó Mme. Caillaux de lo que había sufrido por las manifestaciones que la víspera hizo contra su marido M. Barthou.

—No ha tenido—dijo—una sola palabra de consuelo para ese hombre, que está tan alto... Yo tendré siempre la conciencia de mi honor, que me ha hecho no abandonar á este hombre honrado, cuya amistad se disputaban todos cuando estaba alto y á quien todos quieren insultar ahora que le creen caído.

Sigue M. Ceccaldi diciendo que él, que tiene un pasado digno, que no puede temer una indagación acerca de ese pasado, quiere saber, ya que tanto se trata de insistir sobre el pasado honrado de Calmette, la procedencia de los trece millones que éste poseía.

Un incidente.
Las anteriores palabras de Ceccaldi son recibidas con grandes protestas de la sala.

Ceccaldi insiste, y dice:

—¡Sí, quiero saberlo; quiero saberlo!...
M. Chenu intenta hablar, y Ceccaldi le interrumpe diciendo:

—No admito ser preguntado por M. Chenu.
—Entonces—dice M. Chenu—también se abstendrá de contestar la parte civil.

El presidente no cesa de golpear fuertemente el pupitre con una regla. Por fin consigue que se restablezca la calma.

Sigue el testigo.
Continúa declarando M. Ceccaldi, diciendo que él no ataca la memoria de Calmette; pero quiere que se esclarezcan bien los hechos, porque la calumnia ha caído persistentemente sobre Mme. Caillaux, y su deber es defenderla.

M. Barthou.
Declara á continuación M. Barthou, que empieza diciendo:

—M. Ceccaldi juró ayer que declararía hoy sin odios... ¡Ya lo hemos visto! (Risas.)

Dice que él juró también declarar sin poner odio en su declaración; pero sin sentir el menor temor.

—Yo—dice—no puedo temer aparecer aquí como acusado. He explicado mi intervención

